

ESTUDIOS

Registro de la Propiedad intelectual: 268.109

CALLAO 542

Julio-Septiembre 1950

T. E. 47, CUYO 8302

BUENOS AIRES

TOMO 83 - Nº 445

AÑO DEL LIBERTADOR GENERAL SAN MARTIN

Comentarios

San Martín: el ejemplo a imitar

Se aproxima el día 17 de agosto, centenario del deceso de quien es considerado, y con toda razón, como el padre de la nación argentina. Nadie ciertamente hizo por ella lo que él hizo y nadie ha legado a la posteridad una tan noble herencia de virtudes a imitar, como él nos ha legado.

No sería tal vez un poderoso cerebro filosófico, pero ciertamente no adolecía de la confusión de ideas, que fué un mal que a tantos hombres de su época aquejó; tampoco hallaremos en San Martín ese amor enfático y vago a la humanidad que indujo a no pocos de sus contemporáneos a ser soñadores aéreos y utopistas; en sus actos y aun en sus escritos no se encontrará ni una frase que pase de democrática y raye en subversiva; la sobriedad, la serenidad, la templanza, la mesura y la pureza dominó en él, a lo largo de su larga y múltiple vida. Los actos todos de su vida y sus escritos todos nos muestran la grandeza de su alma.

Fué un hombre equilibrado. Aduñado por un ideal, la independencia de su patria y de su América, no sacudió las manecillas del reloj del tiempo ni quiso atropellar los acontecimientos. Tuvo control de sí mismo y por eso lo tuvo también de los hombres y de los acontecimientos. A éstos los fué escalonando, con la sobriedad de su vida austera, con la ciencia que fué atesorando respecto de los hombres y de los hechos, y cuando éstos le urgieron, hizo lo que sólo él pudo haber hecho: libertar a la América.

Fué un hombre puro. Mientras otros levantaban espíritus de fango y buscaban en éste el saciar sus apetitos, fué San Martín un ejemplar de pureza. Lo obsceno, lo licencioso ni asoma siquiera en los hechos de su vida, ni aun en sus escritos más íntimos. Sólo sus enemigos más sañudos, como Lord Cochrane y Lady Graham (tal para cual) se atrevieron a salpicarle con el cieno de que estaban ellos tan cubiertos.

Fué un hombre de sacrificio. Con una salud endeble, envidiado y calumniado por quienes creían que les haría sombra, perseguido como si fuera un criminal por quien hoy día algunos ingenuos califican como "el más grande civil que ha tenido el país", sin recursos, ni aun los más imprescindibles, a fuerza de un trabajo constante y tenaz, personal y abrumador, creó el ejército de los Andes y cruzó la Cordillera y dió la libertad a Chile y al Perú. Eso no lo hizo desde su cómodo despacho,

BIBLIOTECA DE
FERNANDO ANTUÑANO

impartiendo órdenes. Fué obra suya, ya que personalmente llamaba a las puertas de las familias mendocinas pidiendo pan para la tropa, y personalmente enseñó a Fray Luis a fundir cañones de tipo europeo, y personalmente enseñó a sus soldados a afilar los sables. Estuvo en todo, y su ejemplo de laboriosidad fué lo que convirtió en colmena de trabajo, a la heroica Cuyo.

Fué un hombre de arraigadas creencias religiosas. Quienes se atreven a sostener lo contrario, no se percatan de que clasifican a San Martín entre los simuladores y farsantes. El era profunda e integralmente religioso. Por eso no congenió, ni pudo congeniar, con quien fué el primer perseguidor de la glesia en la Argentina: por eso, mientras Don Bernardino, ni presentó sus saludos al Delegado Pontificio, San Martín le fué a visitar dos veces y mereció que Monseñor Muzzi le devolviera sus visitas. En 1829, cuando estuvo en Montevideo, no dejaba de oír misa "infaltablemente" en la Matriz de esa ciudad, y como lo declaró uno de sus mejores amigos, mostró San Martín lo que siempre fué: "muy religioso".

Equilibrio, pureza, laboriosidad y religiosidad: he ahí las cuatro virtudes que hicieron grande a San Martín, como hicieron grande a César, e hicieron grande a Wáshington, e hicieron grande a Foch. Nada podemos esperar, duradero y notable, de quienes no posean estas características, fundamentales y básicas, de toda verdadera grandeza.

Realidad anti-sanmartiniana

Si tenemos presente que la pureza de costumbres fué una de las notas características del General San Martín y si recordamos que, al organizar el ejército de los Andes, una de sus preocupaciones fué el desterrar de los cuarteles toda inmoralidad, comenzando por alejar a la tropa de las mujeres, que habían comenzado a acercarse a la misma, no podemos sino lamentar que, para hacer el caldo gordo a unos fabricantes de artefactos malamente llamados profilácticos, se induzca a niños de quince años a frecuentar los antros del vicio.

Esa vergonzosa realidad no es de hoy. Hace años que se estableció, a lo menos en una de las escuelas, llamadas a formar los jefes de nuestro ejército. Al ocurrir los días de salida oficiales se entrega a todo alumno, y todo alumno está obligado a recibir y poner en su bolsillo un instrumento inmoral. Chiquilines de sólo quince abriles, que sin conocer tal vez el vicio personal, son así incitados a entregarse a la prostitución. Con hechos, que son más elocuentes que las palabras, la Patria dice a esos niños: "reíos de los mandamientos de la ley de Dios y de la moral que os enseñan vuestros profesores y capellanes y valeos del instrumento que evitará el que os contagiéis".

Felizmente una gran mayoría de los adolescentes a quienes así se habla oficialmente, no hacen caso de tales invitaciones. Aún hay en el país una juventud casta y una niñez pura, aunque tal vez no comprenda sino un veinte por ciento de nuestros jóvenes y de nuestros niños. Estos no siguen tales consejos, pero llevan a sus casas esos instrumentos y los coleccionan, para cuando sean mayores, o los regalan a sus amigos más avanzados en años, o lo que es cierto y es espantoso y es vergonzoso el decirlo, pero es ciertísimo, los usan con seres muy sagrados, por ser muy familiares. Nos consta esa realidad, como nos conta que algunos de esos adolescentes después de hacer comentarios

sobre lo que "eso" es, lo inflan de aire y lo dejan volar a la manera de globito.

Son duras de decir estas cosas, pero es menester decir las, tanto más por cuanto quienes introdujeron esa costumbre han desaparecido, hace rato, del escenario gubernamental y de los cuadros del ejército. Ellos sabrán los motivos que les indujeron a establecer tan anticristiana y tan antipatriótica costumbre, que si podía preservar de las lacras corporales jamás preserva ni preservará de las lacras espirituales.

En posición de descanso

Con este título, publicó La Nación (9 de abril de 1950) un breve suelto, que merece ser recordado y comentado. Es cierto, diremos con el ánimo articulista, que los viejos alabadores del tiempo pasado por inclinación natural, propenden por el lado contrario a juzgar malo y pecaminoso todo lo nuevo; de ahí clamen tan a menudo contra las costumbres de los jóvenes. Probablemente muchas veces no tienen razón y las tachas que les ponen a las nuevas generaciones sean errores de perspectiva.

Así nosotros queremos creer que nuestra juventud actual —nos referimos a la que no se limita a la satisfacción de las necesidades primarias— no es menos idealista, ni estudiosa, ni trabajadora, ni fuerte, que sus padres y abuelos. Sin embargo, a simple vista parecería más cansada. Floja, enervada, desmadejada. Parecería haber escuchado el consejo de aquel gran filósofo que dijo ser mejor estar sentado que de pie, y mejor, acostado que sentado. Efectivamente, más que sentarse, esos jóvenes se acuestan: en el tren, en el ómnibus, en el cinematógrafo, en la casa. Deslizándose en el asiento hasta poco menos que tocarlo con la nuca, estiran las piernas, o las encogen y levantan a alturas sorprendentes, o las abren en compás hasta dar de ellos la impresión de muñecos desgonzados, arrojados con fastidio por un niño caprichoso.

Costumbres americanas, se dice, aludiendo por antonomasia a los Estados Unidos. Si esto es cierto, no es lo mejor que podíamos haber importado, por lo que toca a hábitos sociales, de la gran democracia del Norte.

Hay alumnos, sobre todo en la enseñanza secundaria y superior, que adoptan posiciones impropias del aula y profesores que descuidan invitarlos a guardar mayor compostura, o piensan que eso no les incumbe. En casos tales, hasta en la cátedra más solemne cabría en boca del profesor una oportuna digresión sobre la teoría de las emociones de James-Lange. La vamos a recordar aquí en pocas palabras. ¿Qué es la emoción? Es la repercusión psicológica de las manifestaciones orgánicas y musculares producidas por una excitación cualquiera. Dicho paradójicamente, invirtiendo el orden que establece entre lo psicológico y lo físico el sentido común, estamos tristes porque lloramos y atemorizados porque temblamos. No es el miedo el que nos paraliza, sino la parálisis de los miembros la que nos infunde la emoción del miedo.

Esto deberá decirseles a los jóvenes desvencijados y abatidos en sillas, sillones, bancos y asientos. Si ustedes relajan de ese modo sus músculos, acabarán por sentirse terriblemente cansados e incapaces de nada. Y ustedes no querrán dar a la Argentina, a la que tan altos destinos esperan, una generación prematuramente vencida, sin fuerza para mantenerse de pie o siquiera bien sentada.